

**Continuidad de una perspectiva en las ciencias sociales /
Jorge Parodi**

Mundos interiores: 1850-1950

Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, editores

Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico (CIUP)

Lima, 1995, 430 páginas

Los autores de *Mundos interiores* —algunos de ellos de larga trayectoria en el campo de las ciencias sociales— recrean para nosotros un vasto escenario social, con la complejidad de tramas, personajes, creencias y espacios que discurren en nuestra ciudad entre los siglos XIX y XX.

El libro —editado por Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero Suárez bajo el sello editorial de la Universidad del Pacífico— representa un intento deliberado por proponer una manera de concebir la dinámica social y, más aún, la tarea misma de la investigación social. Tras su lectura, me parece que se podría formular esta concepción como un intento de pensar en la existencia de un espacio entre actores y estructuras sociales, un espacio donde actores y estructuras tienen la posibilidad de recrearse constantemente por la interacción que despliegan ahí.

Me parece que subyace a los trabajos del libro el intento de lograr una mirada a esta actividad creadora de la vida social. Una mirada que recusa firmemente un determinismo de las estructuras, pero que tampoco llega a postular un estado de indeterminación social de los comportamientos.

Esta perspectiva se interesa activamente por la pluralidad de

situaciones que un periodo histórico puede albergar (las élites, los obreros, los migrantes, etc.) y por internarse en su espacio social. El riesgo, por cierto, es producir una visión fragmentada o inconexa de una determinada época. La lectura del libro, sin embargo, deja ver que es posible para esta aproximación encontrar los trazos de la estructura común: que a pensar que no se ha buscado ni se ha escrito el texto único y unificador, a lo largo de los distintos trabajos discurren las articulaciones de un común proceso histórico.

Una exigencia de este enfoque es un acercamiento a la subjetividad de los actores. Se trata, claro está, de un corolario natural de la propuesta inicial. No podría el investigador pensar en la actividad «de los actores en las estructuras» —como se esboza en la introducción— sin concebir cómo éstos se representan a sí mismos y sus relaciones.

Creo que esta perspectiva de análisis tiene profundas implicancias no sólo para las ciencias sociales como tales, sino para las posibilidades que éstas tengan de contribuir a superar las dificultades de nuestro país, que es algo sobre lo que volveré al final. Pero ahora quiero presentar algunas reflexiones que me

han suscitado los resultados de las investigaciones que se presentan en el libro.

El libro evidencia un amplio reconocimiento por parte de los investigadores, de la importancia del racismo para entender nuestro proceso histórico —una tarea en la que ha cabido un papel principal a Gonzalo Portocarrero y que de distintas maneras en el libro asumen o toman en cuenta Patricia Oliart, Luis Tejada, Humberto Rodríguez y Carlos Aguirre.

Me parece, en primer lugar, que la discusión del racismo en el siglo XIX no deja duda sobre la poderosa vigencia del racismo en la actualidad. Aquella exposición descarnada de la ideología racista que en el siglo pasado realizara Clemente Palma —y de la que se ocupa Gonzalo Portocarrero— es notable sobre todo porque presentó por escrito y con una transparencia sorprendente un texto sobre la inferioridad racial de los indios y la necesidad de mejorarlos mediante cruces con razas superiores que no sólo fue parte de un sentido común de las élites de fines del XIX, sino que ha circulado informalmente durante todo el presente siglo, con expresiones asombrosamente idénticas a las de Palma y que nos son familiares a todos.

En segundo lugar, con relación a este tema creo que se evidencia en el libro la importancia que tiene la manera cómo se conciba la problemática racista, para definir un futuro para nuestro país. A fines del siglo pasado, con el racismo la oligar-

quía definió una manera de integrarse y de ordenar sus relaciones con la sociedad. El racismo era una fuerza ideológica unificadora para una élite que tenía distintas procedencias (la aristocracia colonial y migrantes españoles e italianos) y que quiso encontrar en la idea de raza un referente común, capaz de legitimar privilegios. Es evidente que aquella es todavía una pesada herencia ideológica, que ha sobrevivido al proceso antioligárquico del presente siglo. Pero la contribución del libro no reside sólo en llamar nuestra atención sobre los orígenes y expresiones de esta ideología, sino sobre la importancia que las críticas y propuestas de los intelectuales tienen sobre las posibilidades colectivas de imaginar su resolución. Porque, como muestra Gonzalo Portocarrero, por ejemplo una crítica como la de González Prada, siendo radical, quedó prisionera de una suerte de «racismo invertido» que no llegó «a imaginar un mestizaje o una integración» con consecuencias en el horizonte intelectual de su época. Por eso en el presente, la perspectiva del mestizaje propuesta por autores como Max Hernández y Gonzalo Portocarrero merece ser evaluada en su posibilidad de permitirnos imaginar nuestro horizonte común, sobre todo porque se ofrece como un significado fundamental de una posible integración nacional.

Acerca de la cuestión del racismo que se presenta en el libro creo, por último, que resulta aleccionador pensarlo como algo que aparece en esta publicación: como una lucha por definir

el universo simbólico en el que las élites se reconocen a sí mismas y esperan ser reconocidas por otros grupos. Es algo que se desprende claramente del estudio de Patricia Oliart sobre los estereotipos de feminidad y masculinidad entre los siglos XIX y XX. Ella destaca la actividad de imposición de estereotipos por la élite. En un caso límite, el estereotipo sobre los indios dirá que éstos carecen de sexualidad. Una visión deshumanizante, donde se revela que la imposición del código racista apunta finalmente a la expropiación del universo simbólico en el que el otro pueda reconocerse. Es algo que debe preocuparnos porque una imposición de este tipo puede dejar marcas profundas y perturbadoras en la identidad individual, con efectos de muy larga duración que se reproducen a lo largo de las generaciones vía la propia dinámica familiar. Algo que hemos podido observar en la práctica del psicoanálisis es cómo ciertos fenómenos traumatizantes de perturbación de la identidad logran ser transmitidos transgeneracionalmente en una secuencia de al menos tres generaciones.

Pero creo que el desarrollo de este tema del racismo se inscribe en una perspectiva metodológica más amplia que recorre el libro, que se aproxima a lo que puede llamarse la observación de la producción social de símbolos, como una actividad desarrollada por los diversos grupos sociales —en este caso entre los siglos XIX y XX— en su intento por representarse a sí mismos, a los otros grupos sociales y a la naturaleza de los vínculos que

los unían.

¿Qué nos permite saber el libro acerca de cómo se representaba a sí misma la élite entre fines del siglo pasado y los comienzos del actual? Los trabajos de Augusto Ortíz sobre la medicina mental, de Luis Jochamowitz sobre la morgue, y de Carlos Aguirre sobre la penitenciaría de Lima nos dejan ver un proceso único en el que las élites, al mismo tiempo que mantenían la organización jerárquica de la sociedad, se representaron en la vida pública asumiendo un papel de liderazgo en la modernización de ciertos asuntos, en los que se introdujo un principio de racionalidad. En la morgue, la muerte pasó a ser un asunto civil que justificaba el uso de cierto tipo de procedimientos. La locura, por su parte, dejó de ser un asunto místico y demoníaco y pasó a ser considerada una enfermedad, posible de una terapéutica y no merecedora de un castigo. La construcción de la penitenciaría quiso formular un modelo carcelario basado en propósitos de reforma antes que de punición.

En cuanto al universo interior de las élites, el trabajo de Felipe Portocarrero sobre sus actitudes ante la religión, la familia, la riqueza y la muerte, nos interna en una dimensión que no había sido explorada. Son actitudes rastreadas en el análisis de testamentos y que por tanto se elaboran con referencia al significado de la muerte. En ellas subyace una búsqueda por perennizarse, en la que parece representarse un sentimiento de

grandiosidad común a la élite. Las preocupaciones ante la muerte giran en torno al logro de la continuidad tanto terrena como celestial: la trasmisión de propiedades, la construcción de mausoleos y las obras piadosas que evidencien los méritos para el más allá. En una búsqueda de permanencia que corre paralela al sentimiento de continuidad de una élite en ascenso. La religión aparece aquí como el conjunto de creencias que aseguran esa continuidad. Es un asunto del «más allá», cuyas conexiones con la riqueza se dan a lo más en el plano del gasto (las obras piadosas) pero que no inspiran una ética del trabajo. Felipe Portocarrero constata así que no puede señalar una conexión análoga a la que Weber estableciera entre ética protestante y espíritu capitalista.

¿Cómo, según los aportes de estas investigaciones, se representaban los pobres de la ciudad? Si se compara el texto de Felipe Portocarrero con las imágenes sociales de la muerte que aparecen en los trabajos de Luis Tejada sobre Malambo, se puede observar que mientras para la élite la muerte preocupaba como el fin de un presente placentero que llegaría en un futuro incierto, las miserables condiciones de vida en un barrio pobre como Malambo hacían de la muerte una amenaza constante en medio de un presente desdichado.

Pero además, mientras para la élite la religión era un asunto del más allá, era en nombre de la religión que los negros de Malambo arrancaban a sus días

miserables un momentáneo presente de fiesta: «fiesta y religión van de la mano», dirá Tejada. A diferencia de las élites, que en la religión representaban sobre todo su grandiosidad, en la religión la plebe evadía su sensación de fragilidad. Pero lo hacía de un modo particular, de un modo festivo que, según Panfichi, es lo que dio forma a una común identidad cultural de los pobres de la ciudad, reconocible en el llamado «criollismo popular», a través del cual los limeños pobres se esmeraron por representarse sobre todo como capaces de sobreponerse a la miseria y a la tristeza, con alegría y picardía.

Por cierto esta comunidad cultural de los limeños pobres sirvió a su turno para protegerse de los migrantes provincianos que competían con ellos por los puestos de trabajo. Como lo muestra Cynthia Sanborn, los limeños y mestizos se cuidaron de que quienes ingresaban a las fábricas textiles fueran parte de sus redes sociales y familiares, dejando para los indígenas las ocupaciones de basureros y vendedores ambulantes. ¿Cómo se representaban a sí mismos estos indígenas que habitaban en Lima? Es algo sobre lo que el libro no nos ofrece una respuesta.

En todo caso, el estudio de Torrejón sobre el motín popular de 1912 nos muestra a los pobres urbanos bajo un ángulo distinto: como una masa capaz de manifestar una voluntad popular a partir de una preocupación nacional originada en las cicatrices de la guerra del 79.

¿Y qué de la clase media? La notable sociología de lo huachafo, emprendida por David Parker, nos muestra un grupo social pugnando por compartir el lugar de las élites a partir de una administración cuidadosa de las apariencias: las costumbres, el consumo y el estilo de vida. En la Lima de 1900, la élite incluía a muchos que carecían de fortuna, pero que poseían los símbolos de status que los hacían aceptables. La palabra «huachafo» designaba, según Parker, la situación de aquel que pretendiendo poseer esos símbolos, en realidad fracasaba en su intento de detentarlos. La palabra «huachafo» ponía en evidencia ese fracaso, con el objetivo de detener el ascenso social y hacer fracasar la inclusión de algunos en la élite. Una hipótesis sin duda muy sugerente, compatible con las observaciones de Basadre sobre la clase media, que sin embargo en la exposición de sus ricos detalles uno no siempre encuentra en el texto la imprescindible referencia a las fuentes.

Por su parte, vía la migración italiana, Giovanni Bonfiglio nos descubre una pauta alternativa de formación de la clase media: la ruta de migrantes italianos que, en vez de la pauta de movilidad por apariencia sustentada por Parker, se concentraron en el valor del dinero como fuente de poder económico y estatus, a través de una amplia actividad empresarial.

Me parece que el libro es así continuador de una perspectiva de análisis que surgió en la segunda mitad de la década pasada

tras el fin del optimismo que años antes había sostenido el auge de una unión entre las ciencias sociales y diversos proyectos políticos renovadores. En efecto, hace unos diez años se emprendió un vasto esfuerzo por entender la desmovilización de importantes actores populares y la irrupción de la violencia, para lo cual se adoptó una perspectiva semejante a la del libro que comentamos pero que los editores de éste no han reconocido como su antecedente. Tengo en mente los trabajos publicados en la década del 80 sobre racismo y mestizaje, la dimensión psicosocial de la pobreza, la organización de los barrios marginales, las redes sociales de los migrantes y el sindicalismo.

Pienso que se trata de una continuidad estimulante, porque tal vez como reacción de aquel optimismo anterior, más bien ingenuo y en parte animado por una visión racionalista y determinista de las ciencias sociales, este camino común trae consigo, creo, la posibilidad de animar un optimismo razonable para nuestro país, esto es, uno que se sostenga en reconocer y no ignorar las posibilidades y limitaciones existentes en los distintos actores para definir el rumbo de la sociedad. Una perspectiva que además resulta fundamental para definir nuestro futuro en una época como la presente, cuya vitalidad está comprensiblemente ensombrecida por los años de violencia.

Antes de terminar este comentario quiero sumarme al homenaje que los editores de este

libro hacen a la memoria de Tito Flores. Quiero recordar no sólo al vigoroso intelectual sino al amigo que conocí en 1967 en el patio de Letras de la Universidad Católica, que por entonces quedaba en la Plaza Francia. Nos

encontramos intermitentemente a lo largo de los años, y entre otras cosas recuerdo con enorme gratitud el comentario estimulante y generoso que él hacía a los textos de los amigos antes que se publicasen.